

Instantáneas

REVISTA SEMANAL DE ARTES Y LETRAS



JULIA FCNS EN *Mijita de Los Borrachos.*

15 CÉNTIMOS

AÑO III.—Núm, 75

Sábado 10 de Marzo de 1900



D. Narciso López, director de orquesta del Teatro de Paris

Músico inteligente y práctico; tiene á su cargo la dirección de la orquesta del teatro de Paris, desde cuya silla de director, ha demostrado ser un maestro excelente y conocedor profundo de todas las obras que forman nuestra zarzuela, cuyo renacimiento vuelve á iniciarse vigorosamente para bien de la escena española y para los amantes de la buena música.

El maestro López comparte con D. Miguel Soler los penosos trabajos de la dirección de las obras que se ponen en dicho teatro, contribuyendo con su talento artístico al buen conjunto de las mismas.

Es además un inspirado compositor, y sus producciones han sido siempre elogiadas por cuantos las conocen.

EL ELOGIO

(FABULILLA)

Cantaba un ruiseñor entre las hojas
de un árbol, y un jumento que le oía,
dando rebuznos, exclamó:—¿Quién canta
de ese modo tan dulce que cautiva?
El ruiseñor, que oyó tales elogios,
ignorando de dónde procedían
le preguntó á un jilguero:—¿Quién ha hablado,
que se expresa tan bien?

—¿Bien? ¡Ay qué risa!

—le contestó el jilguero—¡si es un burro!

—¿Un borrico? ¡Pues nadie lo creería!

¿Y no comprendes el por qué te agrada?

Pues chico, la razón es bien sencilla;

tratándose de elogios, nos parece
que hasta hay en los rebuznos melodía.

JOSÉ RODA O.

Instantáneas.

Director: M. SALVI

+ Oficinas: Clavel, 1, Madrid.



CONCHA MARTÍNEZ

Es esta simpática artista una de las tiples de zarzuela que han obtenido más numerosos y legítimos triunfos en los teatros de España y América, en cuyos principales coliseos ha lucido su talento artístico y sus excepcionales facultades de cantante.

Actualmente está haciendo una brillante campaña en el teatro de *La Gran Vía*, de Barcelona, cuyo público distingue á Concha Martínez como á muy pocas artistas, y no creemos pecar de exagerados al decir que es la tiple predilecta del público barcelonés.

Dominando todas las obras del género chico y en algunas de ellas ha creado tipos tan admirables y deliciosos que la han elevado á uno de los primeros puestos entre las tiples de zarzuela cómica. Díganlo si no los que han visto á Concha Martínez *Chateaux Marguerite*, *Caramelo*, *Niña*, *Las niñas desventuradas*, etc.

GIRALDA

FANTASÍA

Esbelta, con la esbeltez aérea de la torre coronada, como aquélla, por fina crestería de aéreos cabellos; asomando por sus ojos, como por las ventanillas alicatadas, un alma pura como el celaje andaluz y un fulgor brillante como el del sol de Mediodía; hablando con tonos metálicos y argentinos como los de sus campanas cuando tocan á *Gloria*; cubriéndose con el ropaje como aquélla se prende con adornos y relieves; asentada como ella, cual lirio solitario, en el pensil sevillano; majestuosa, imponente, gigantesca, gallarda, y á la par ligera, flexible, erguida y airosa; conjunto de perfecciones, síntesis de la forma y apoteosis del espíritu, maravilla increada, hálito de un ser Único, destella de una luz fulgente; eco de una nota vibrante, símbolo de un ansia sobrenatural, compendio de un edén soñado, trasunto de un recuerdo imperecedero, ritmo de una música regalada, germen de la vida, numen de la inspiración y hada hechicera de la muerte; así se presenta ante mí, en todo semejante á la obra del alarife moro (1), pero iluminada por la luz del espíritu y caldeada por el fuego de la materia.

Y en medio de la fiesta bulliciosa, destacando sus líneas armónicas del fondo soleado del celaje ó retratando su silueta sobre el cristal del río; en la noche solitaria, surgiendo de la sombra con perfiles, borrones de impalpable volumen ó plateándose bajo el pálido foco del claro de luna; ya rígida y desdeñosa, apartando de mí el caudal de sus perfecciones; ora provocativa, quebrándose lánguida y ondulante sobre mi lecho para libar en mis labios dulce néctar de vida; la veo siempre: despierto, en el santuario de la retina, donde está fija, como arrancada con la lente al espacio en que brillara; dormido, en los velos de colores del ensueño, arrobada y envuelta, ya pródiga de mercedes, ya avara de encantos; ora prestando nuevo giro al pensamiento volador, ya haciendo crujir en elástico trémor el cuerpo indolente, aquél presa del delirio y éste de la fiebre.

Ella es licor que en vaso transparente mantiene despierta mi sed, firme puntal entre la tierra y el cielo que sostiene viva mi fe, paisaje deleitoso por donde se pasea mi vista, oasis donde descanso de los rigores del camino de la vida y fresco manantial donde abrazo ilusiones y esperanzas.

Enlazado en las floridas cadenas de sus brazos, besando la roja corola de sus labios, mirándome en el espejo de sus ojos, envolviéndome en la malla sutil de sus sedosos cabellos, aspirando su aliento embalsamado, rozando el terciopelo de su cutis cálido, sintiendo el latir acompasado de su corazón con el mío; realizando la efusión etérea con su alma y percibiendo la presión nerviosa de su cuerpo en sacudimientos eléctricos, fundidos en perfecta unidad por armonías del espíritu y con ligaduras de la materia, es como únicamente soy feliz, porque *Giralda* es mi Musa, la Musa de Andalucía, que me habla con murmurio de la corriente del Guadalquivir, que me besa con candente ósculo de aquel sol, que me viste con feraz ropaje de aquella vegetación, que me perfuma con aroma de aquellos azahares y acacias y me adormece con zumo de las vides de Jerez y Sanlúcar en sueño arrobador de amores y gloria.

EL MARQUÉS DE PREMIOREAL

(1) Hever, que la construyó en el año 1.000.

MODA Y ARTE y *La Vraie Mode*, Revista en francés y en español. Se publica los días 5 y 25 de cada mes con modas adelantadas sesenta días á las de todas las revistas españolas.

La mejor para señoras, modistas y bordadoras. Veinte páginas de modas y labores en negro y colores, con un magnífico patrón cortado.

No se venden números sueltos. Sólo se admiten suscripciones. España, tres meses, 5 pesetas; seis meses, 10 pesetas; año, 20 pesetas. Oficinas, Clavel, 1, Madrid.

Se remite número de muestra abonando una peseta en sellos.

Pepa la Morrocotuda.

En la calle de la Ruda
vive, si el vulgo no miente,
Pepa la Morrocotuda,
la mejor hembra, sin duda,
que ha visto el siglo presente.

Vive con Pepa, y aguanta[®]
las costumbres de la indina,
su madre, que es la *cambianta*
más famosa y menos santa
del barrio de la Latina.

Lo que hizo la Pepa ayer
á poco de amanecer
fué, por cierto, singular.

Lector, ¿lo quieres saber?
Pues te lo voy á contar:

Roncaba como una fiera
Pepilla en su madriguera,
sobre un catre angosto y duro,
teniendo á la cabecera
colgado un reloj del muro.

El reloj las siete dió;
la muchacha despertó,
y como quien no hace nada,
dió á la colcha una patada
y en el suelo se plantó.

Puso en la estera los piés,
dió dos bostezos ó tres
de primera calidad,
y abrió, sin dificultad,
sus lindos ojos después.

—He dormido, de un tirón,
seis horas como un lirón,—
dijo, mientras se rascaba
un codo que la picaba
sin pizca de compasión.

Se calzó rápidamente,
para lo cual, como es uso
entre la gente decente,
en cada pierna se puso
su media correspondiente.

Dejó su seno encerrado
en un corsé colorado;
se puso luego un vestido,
que, aunque estaba descosido,
también estaba manchado,
y su *toilette* concluyó.

Del dormitorio salió,
según las noticias mías,
y así que á su madre vió
la dijo:—Muy buenos días.—

La madre, sin más ni más,
contestó á Pepa:—Muy buenos.—
y tú, lector, me dirás

que esto es tonto por demás,
si no hubo más ni hubo menos.

¡Que es tonto!... ¿No lo ha de

Pero no te quepa duda
de que esto es lo que hizo ayer,
á poco de amanecer,

Pepa la Morrocotuda.





GENTE DE TEATRO

Al terminar la cuarta función de la Zarzuela, salimos á la calle Eusebio Blasco y un servidor de ustedes.

—¿Qué? ¿Damos una vuelta por ahí? —le dije.

—Hombre, como usted quiera. Tardecillo es, pero, vamos.

Y echamos á andar. Habla que te habla, pasamos un buen rato, hasta que el autor de *Pobres hijos* se encaminó al café de Levante y yo dispuse de recogerme. ¡Ah! Y á todo esto no he dicho lo esencial: que Blasco y yo estuvimos renegando, durante nuestro palique, de la vida del teatro, de sus miserias, de sus disgustos y de sus luchas.

Como iba diciendo, hacia mi casa me dirigía, calle del Príncipe adelante, cuando de pronto ¡cataplum! tropiezo de manos á boca con Mariquita —la llamaremos Mariquita por guardar las formas; así como así, ella las guarda muy poco,—tropiezo con Mariquita, primera actriz y actriz de primera.

—¡Caramba! Usted sola por aquí... Y á estas horas...

—Chist... A callar, so escandaloso. ¿Qué hace usted en Madrid? —me dijo.

—¿Y usted? —le pregunté yo.

—En busca de contrata... Sí, sí; de contratá. Así, como suena. ¿Usted me conoció en Soria, en la compañía de Ramírez, verdad? Pues para que vea usted. ¿Usted se acuerda de la Porrás? Esa me *hirló* el primer lugar. Se entendió con Ramírez, mientras yo me hacía la desentendida, y cuando acordé ¡zás! le dan á ella el papel de doña Inés, en el *Tenorio* y me largan á mí el de doña Ana. ¡Usted figúrese! La *primer* bronca... Nos arañamos; al otro día cogí el tren y... aquí estoy.

—¡Demonio, demonio!

—Pues sí, hijo. La Porrás... la Porrás, que cuando lee la carta del devocionario, está para matarla.

Así, por el estilo, Mariquita me dió un solo de más de una hora. Al fin se despidió de mí, citándome para las doce del día siguiente y refunfuñando, al irse:

—Lo que usted oye. La Porrás, diciendo:

*¡Oh, qué filtro envenenado
me aas en este papel!*

Ya ve usted la Porrás. ¡Ja, ja, ja...!

Apreté el paso cuanto pude, y al llegar á la Plaza de Santa Ana, me sale al encuentro un hombre.

¡Eh! ¿Adónde, tan deprisa?

Lo miro y ¡horror de los horrores!; era el mismísimo Pérez, el barba; el propio Pérez, amigo mío de una fonda de Calatayud.

—¿Pero qué hace usted en Madrid, amigo Pérez...?

—¿Que qué? Buscar al autor de un drama para romperle la cabeza... ¿Usted no sabe lo que me pasó pocos días después de haberse venido de Calatayud?

—No.

—Pues verá usted. Aquél señor bizco, que decía que era registrador excedente... el que se sentaba en la mesa junto á usted...

—¿Don Pascual?

—El mismo. Bueno, pues D. Pascual me llamó una noche á su cuarto y me dijo:—Pérez, yo puedo hacer la felicidad de usted. Yo tengo un drama sin estrenar, con un papel de barba que da el opio. Lo saca ¡y mentira! No era de *barba*, sino satinado. ¡Je, je! ¿Le ha gustado á usted el chiste?

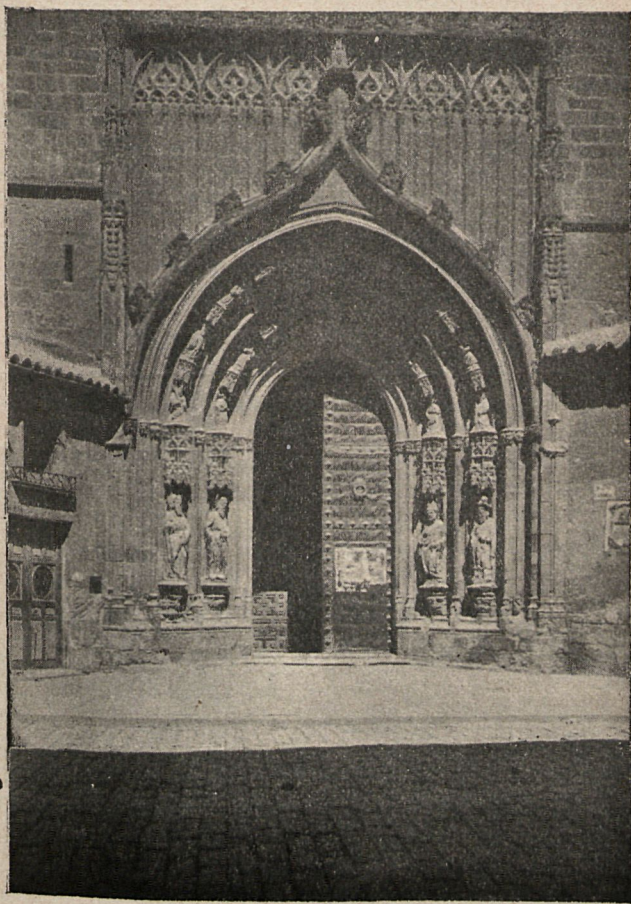
—Yo lo creo .. ¡Je, je!

—En resumidas cuentas, que me lee el drama y ¡el diálogo! Aquello era un asombro. Le hablo al director, nos ponemos á ensayar, me gasto en mi traje de Napoleón más de cincuenta duros—yo eché el resto, porque sabía que aquello iba á ser el delirio—nada *de lirio* ni de otras flores. ¡Je, je! ¿y este golpe?

—¡Je, je!

—... Y la noche antes de ponerlo, llega en la diligencia de Daroca un señor, que en-

MURCIA.—La Catedral: Puerta de los Apóstoles.



Instantáneas.

tró en el comedor leyendo un drama. Yo le pregunté, por curiosidad, y él me lo dió para que lo leyera. Lo leí... El mismo drama de D. Pascual, sin quitar punto ni coma. ¡Claro! Como que era *La Corte de Napoleón*, que se acababa de imprimir y que no conocíamos nosotros. De modo que ya vé usted... En cuanto vea á D. Pascual, le rompo el primer sacramento.

—¿Eh?

—Sí, hombre: el bautismo. ¡Je, je! ¿No ha caído usted en la cosa, hombre de Dios?

—Pues es verdad... otro chiste. ¡Je, je...!

—Vaya, adiós, que usted llevará prisa.

—Regular...

—Bueno, pero es tarde. Hasta la vista. Y ya sabe usted que he venido á lo del primer sacramento. —Y se alejó, riendo de su ocurrencia: ¡Je, je...!

Pensé que aquella noche andaban sueltos todos los cómicos por Madrid y para evitarme un nuevo encuentro, desemboqué en la Plaza del Angel y llamé al sereno.

—*Mu* buenas. ¡Je, je! —dijo éste mientras abría.

—¿Tenemos chistecito? —me pregunté por lo bajo.

—*Sa tu* diré sin *arrodos*, *señuri* o —dijo el sereno.—Mi chica y otras *da la vecindá*, van á *puner* la *cumedia* de *Diegu Currientes* ¿sabe *ustez*? en el salón *da Zurrilla*. Y *comu* las gentes *nacesitan* del *periódicu*, *ustez máce* el favor de *puner* que *estuvu* *aquellu da* primera, ¿sabe *ustez*? y que mi chica hace de llorar... Que mi chica se llama *Ugenia Gómez*, ¿sabe *ustez*?

Aquí le corté el hilo al sereno, prometiéndole cuanto hay que prometer y llegué á mi alcoba, dejándome caer en la cama, medio muerto y repitiendo esto, tantas veces como el *ora pro nobis* en la letanía:

—Pero, Dios mfo de mi alma, ¿qué he hecho yo para esto? Encima de, haber estado en Soria y en Calatayud y de conocer á Mariquita y á Pérez, todavía me pide el sereno *bambos* para su chica.

Y, mi palabra de honor, tuve una pesadilla con D. Pascual y con la Porras, que se acercaba á mí, blandiendo un machete y diciéndome, irritada:

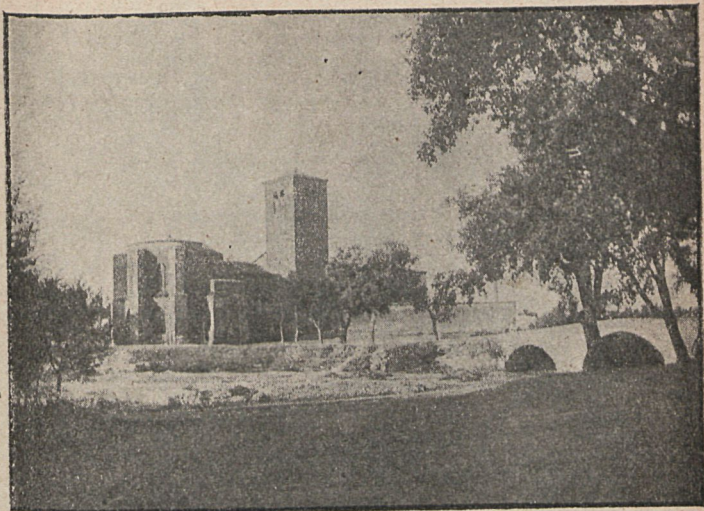
*¡Oh, qué filtro envenenado
me das en este papel...!*

EL BACHILLER CANTA-CLARO

BARCELONA.—Palacio real en construcción.



HUESCA.—San Miguel.



Inst. de J. Sanz Barrio.

EL GRIS

CRÓNICA FULMINANTE

Ni un girón de azul puro; ni una bambalina dorada... La decoración es negra y brumosa, con nubes en el espacio, con charcos en el suelo... ¡Hizo ya su aparición el GRIS de la Sierra!

*
* *

Entró en la corte sin pompa, sin ruidosos anuncios; sus pasos se ahogan en esa macabra sinfonía de notas desafinadas que forman el conjunto armónico de las grandes ciudades y de la vida madrileña. Pero ¡temblad!. Como todos los años ha venido y como siempre también... ¡os avisa á bofetadas al revolver de una esquina!

*
* *

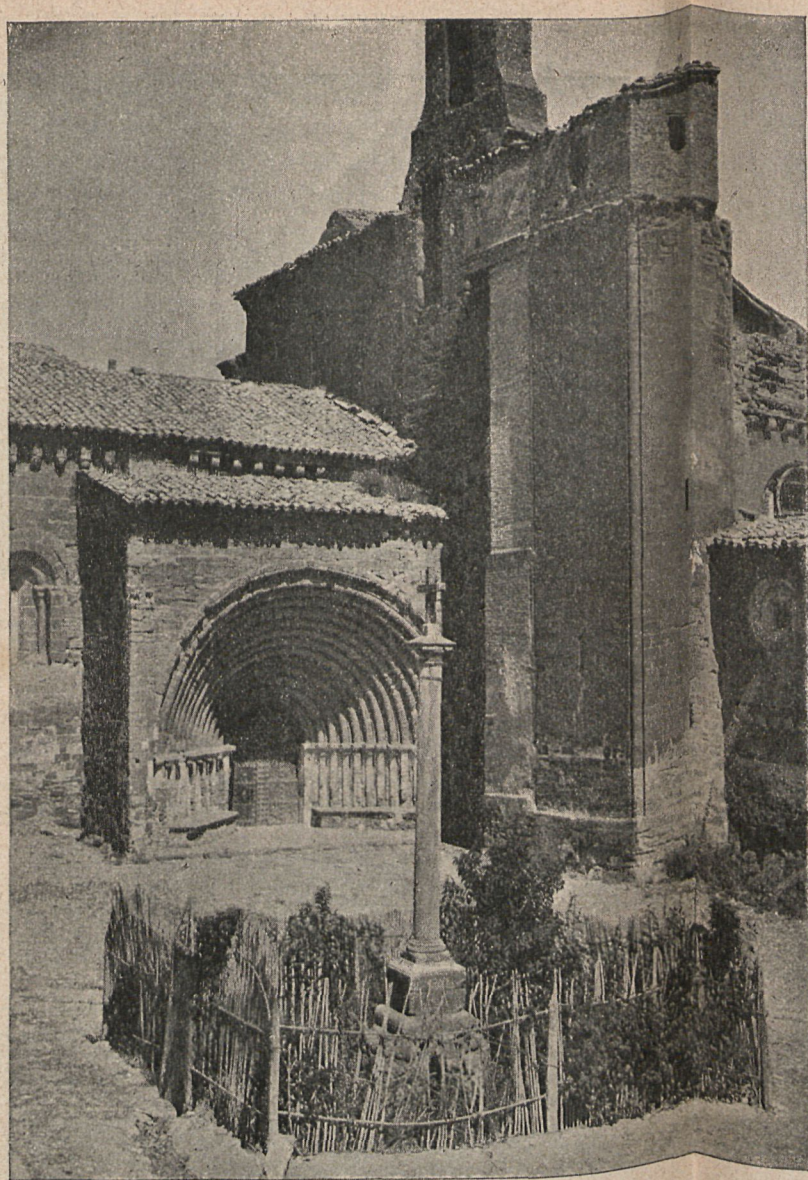
...Tenue y sutil al extremo de que no se le siente hasta que ha herido, pero perverso y diabólico como ningún criminal; con cuerpo de pigmeo, pero un titán de ponzoña; ruín y leve, pero más venenoso que una víbora... ¡Eso es el *gris*!

Su historia es breve.—Nació en la tenebrosa región del Erebo, y allí se revelaron sus actitudes feroces, maltratando sin tregua las almas desgraciadas de los muertos insepultos, que vagaban por aquel lugar, durante el siglo de antesala que estaban condenadas á hacer á las puertas del Averno. Un día le dió la «ventolera» de bajar á la tierra, y se vino y se alojó en los nevados alcázares del Guadarrama. Desde entonces no ha vuelto al punto donde se mecía su cuna; mora en la sierra hasta que Madrid se viste los sucios andrajos de invierno, y, cuando llega este momento, se presenta de súbito, blandiendo el arma homicida, que, durante todo el año, anduvo afilando en los altos picachos de sus dominios...

*
* *

¡Terrible gris!

En cuanto suena la hora de que entre en escena, sale la Miseria á esperarle y, antes que nada, en el mismo dintel de la corte, firman ambos un tratado de alianza ofensiva.



La primera y más principal cláusula consiste en sembrar de cadáveres las bohardillas y los quicios de las puertas. Pero él, que tiene poder de sobra para obrar por su cuenta y sin ayuda de nadie, rompe á lo mejor su compromiso y «trabaja» independientemente, llegando en estas ocasiones hasta don le su aliada es imposible que logre llegar.

¿Quién no lo ha visto? Sobre las mal tapadas carnes de un *golfo*, que tirta acurrucado en el hueco de un edificio, aguarda la llegada de mejores presas, contentándose

entretanto nada más que con morder las puntas de los dedos al paria, y cuando pasa entre los elegidos el que más le gusta, salta sobre el, ó le sigue, pisándole los talones, hasta su mismo lecho. Si le ejierran la puerta penetra por una rendija.. No es siquiera obstáculo para sus designios la lumbré que chisporrotea fanfarronamente en las moradas de los ricos, y de la cual se ríe, «pillándola las vueltas».

* * *

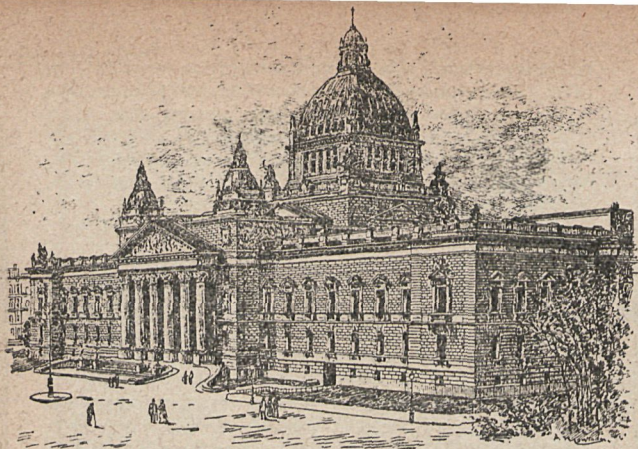
Triunfa cuando quiere. El *gris* es un asesino hábil...

Lo que varía es la clase de sus hazañas por la índole de su calidad. mudable á ratos, complicada, extraña é interesante siempre. ¡Vedle!... Es un poderoso, y levanta su trono sobre el cieno del arroyo, y ejecuta él solo á sus víctimas. Carece de verdugo. El mismo las aguarda en la calle, á la puerta de los teatros, de los palacios y de los cafés, y cae sobre ellas navaja en mano, como un timador... Es traidor y cobarde cuando se esconde para llevar á cabo sus miras funestas. Es audaz y es valeroso cuando salta sobre el enemigo, luchando contra sendas murallas de pieles. Es caprichoso porque elige á sus presas, sin regla determinada.

CÓRDOBA.—Torre de la Mezquita.



Inst. del Sr. D. T. Noeli.



Instituto de Comercio en Leipzig (Alemania).

¡Es invencible siempre!

Soberano sin corte, sin manto regio; tirano cruentísimo, bajo, ligero y humilde exterior, y verdugo, insaciable de sangre, disfruta el laurel de cien victorias. Su gloria es inmensa. Soberano, déspota, verdugo... ¡Son tres glorias las suyas!

En loor de ellas no ha enronquecido la trompeta de la Fama, y su brillo no deslumbra. Pero no por eso son menos grandes.

Las conquista hundiéndose hasta los pulmones de su presa, y allí mismo, en lo más profundo le corona la Muerte. Su grito de triunfo apenas si se percibe... Sale á la atmósfera en forma de tosecilla ligera y seca.

*

...Comparadle, y comparad sus hazañas con las del otro, con las de ese gran Viento, que atruena en el espacio.

Arrogante y ostentoso éste, verifica su entrada en la ciudad con la pompa que corresponde á la categoría que parece atribuirse de César de los elementos. Bate en un segundo el camino, escoltado por gigantescas nubes de polvo, modulando á su paso melodías de portazos, de cristales que crujen, de campanas que vibran. De la ciudad salta sin detenerse al campo. Corre por la llanura con velocidad vertiginosa, en loco alarde de fuerza. Escala furiosamente las cumbres, arrojándose de una á otra, plétórico de soberbia, rugiente de placer. Bramá con tonos pavorosos en los desfiladeros. Silva en las cañadas, y corre, y sigue corriendo sin cesar...

Su marcha es grandiosa, es imponente. Pero, al fin, rendido, agotado, el monstruo hace alto. Las ruinas de un castillo abandonado, las bóvedas vacías de una casa desmantelada... ofrécenle refugio. Y allí se detiene —Allí acaba la noche cantando viejas leyendas, entonando trovas solemnes, trovas solemnes y misteriosas.

¡El César augusto termina en poeta soñador y sus fieros rugidos en melancólica serenata!

¿Y sus trofeos? ¿Qué ha quedado de su marcha triunfal?

En la ciudad alguna chimenea derribada, alguna vidriera rota, algún transeunte sin sombrero... En los valles flores, las mismas tímidas flores que violó á su paso y que se hierguen luego á la luz del sol, fecundadas, frescas y alegres.

* * *

¡Hermosa, pero vana epopeya!

¿Y la del gris?...

Entusiasmaos con la del otro; ¡estremeceos con ésta!

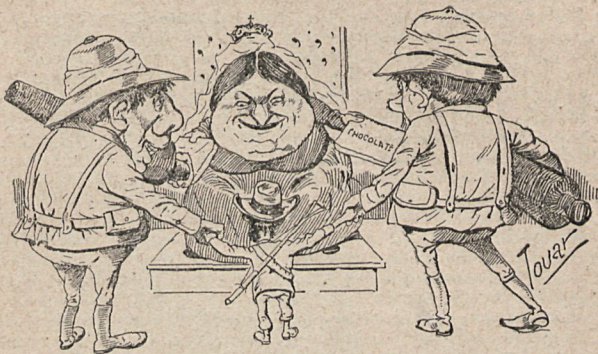
La del gris no es el huero poema de estrofas sonoras, que deleita y se olvida. La del gris, sin un estrépito y sin una arrogancia, es una tragedia indeleble; una tragedia sutil y apagada, pero que tiene toda la deleznable grandeza de esas luchas que median entre un cuerpo que se ase desesperadamente á la vida y una vida que se escapa.

Esa es la obra del gris. Carece él de las soberbias del otro viento, que se disipan al nacer; no canta misterios que luego desvanece el día; no atropella flores, que después se levantan y rien con risas de aromas... Todo esto es poesía; ¡y él es realidad!

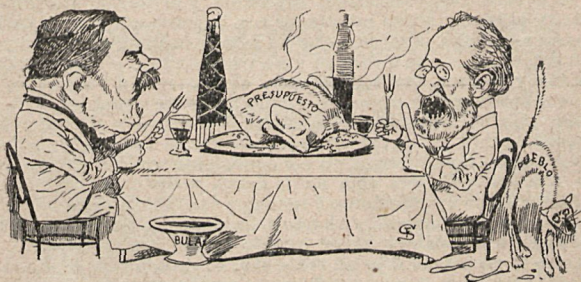
J. RUIZ-CASTILLO

Notas cómicas

POR TOVAR



—Estoy asombrada de vuestro heroísmo. ¡Vencer entre veinte á uno! Tomad, tomad chocolate á todo pasto, que bastantes majicones os han dado anteriormente.



Cómo ayunan nuestros políticos en la presente cuaresma.



De qué manera se encuentra el balance del año de D. Paco.

—Le digo, corazoncito, que al lado de usted es imposible guardar el ayuno.

EL GRAN TACAÑO

Por D. Francisco de Quevedo.

(Conclusión del capítulo VI.)

y dije: Señor, en sus manos de Vmd. está mi remedio y venganza, y mucho provecho de la República: mande Vmd. oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prisión. Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los agvaciles poniendo manos á las varetas, y díjeme: Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mío por robarlos, y le está probado esto: vienen acompañando, segun les he oído decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les oído, que es (y bajando más la voz, dije) de Antonio Pérez. Con esto el corregidor dió un salto hácia arriba, y dijo: ¿Adónde están? Señor, en la casa pública: no se detenga Vmd., que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones y el rey. Decía: ¡Jesús! no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dije (tornándole á apartar): Señor, perderse ha si Vmd. hace eso, antes importa que entren todos sin espadas y uno á uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos. Cuadróle al corregidor la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor advertido mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todas las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusieronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas, y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así y al entrar, quedéme atrás el postrero, y entrando todos mezclados con la gente que iba, di cantonada y emboquéme por una callejuela que va á dar á la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que todo es uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando sospecharon lo que fué; yendo á buscar sus espadas no hallaron ni media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa, y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, con una vela en la mano y un cristo en la otra, y un compañero clérico ayudándome á morir, y los demás rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con esto se fueron desesperados de no hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá; y por no ser largo deo de contar cómo hacia monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruterías (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fuí rey de gallos), sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir á D. Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón por el mucho amor que me tenía.

CAPÍTULO VII

De la ida de D. Diego y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á D. Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío, llamado Alonso Ramplón, hombre allegado á toda virtud y muy conocido en Segovia, por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero una águila en el oficio. Vérsese hacer daza gana de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma:

AUGUSTO DE MELLO

Actor inteligente y correctísimo, ha obtenido en los primeros teatros lusitanos verdaderas noches de gloria. Aún no se ha extinguido de la memoria del público de Lisboa la admirable interpretación que Augusto de Mello dió á uno de los principales papeles del drama de Sudermann, *El Honor*.

Además de estas cualidades, suficientes para sentar una reputación, Mello, que también es conocido del público español, es un escritor muy correcto y ha colaborado en diversos periódicos lusitanos.

Actualmente pertenece á la Sociedad artística del teatro de doña María, donde ejerce, con aplauso del público y de la crítica, el espinoso cargo de director de escena.

SIPHAX



DEL CAÑO AL CORO

CUENTO VULGAR

Rufina era una moza
robusta y sana,
criada por el campo,
con los pastores,
que llegó á los *Madriles*
una mañana
á servir en la casa
de unos señores.
Pero llegó á la corte
sin más riqueza—
dejando para siempre
su alegre aprisco—
que un pañuelo de lana
por la cabeza
y unos ojos... capaces
de armar un cisco.
A las cuatro semanas
el barrio entero
armaba por la moza
gran tremolina,
pues había unos cuantos
al retortero
que pedían amores
á la Rufina.
Mas como nunca supo
de amor gran cosa,
ni al espejo, en la vida,
se vió la cara,
oir, una y mil veces,
llamarse hermosa,
era lógico y justo
que le extrañara.
Y como todas ellas,
naturalmente,
llevan no sé qué innata
coquetería,

se puso en poco tiempo
muy al corriente
de... una porción de cosas
que no sabía.

II

—Pero mujer, y ¿cómo
te encuentro ahora
tan cambiada?... ¡La moza
tan inocente!...
—Porque me harté en seguida
de la señora
y de bajar por agua
tanto á la fuente.
Mi vida era tan triste
que daba pena,
y un concejal, amigo
de mis señores,
me dijo que podía
sacarme á escena,
como á mí *me tirasen*
los bastidores.
—Pero ¡qué lujo llevas!
¡da gusto verte!
Pendientes de brillantes;
sortijas de oro...
¡Estás encantadora!...
—Cuestión de suerte.
.....
.....
¡Oh misteriosos saltos
del caño al coro!

E. LÓPEZ MARIN